



Vol. 11, No. 1, Fall 2013, 63-85

**Sobre lo “viejo” y lo “nuevo”:  
el Partido Comunista argentino y su conflicto con la Nueva  
Izquierda en los años sesenta**

**Laura Prado Acosta**

(CONICET/Universidad Nacional de Quilmes/Universidad Nacional  
Arturo Jauretche)

*1. Introducción*

A principios de los años sesenta, cuando la Revolución cubana comenzó a relacionarse con el bloque socialista liderado por la URSS, Estados Unidos demostró preocupación respecto del posible avance comunista en la región latinoamericana. Esto se reflejó, por ejemplo, en la tapa de la revista *Life en español* titulada “El creciente peligro mundial del comunismo” e ilustrada con fotos de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Khrushchev, Mao Tse-Tung y Castro. Allí podía leerse un informe sobre John Kennedy y su encuentro con el presidente argentino Arturo Frondizi en Palm Beach, Florida. Según esa revista, Kennedy y Frondizi conferenciaron durante una hora y media sobre diversos temas, pero principalmente acerca de lo que debía hacerse para desactivar el peligro que representaba para la seguridad continental el régimen de Fidel Castro,

que se había pronunciado marxista leninista y alineado en el bloque socialista.<sup>1</sup> El presidente Frondizi también se reunió, a los pocos días, con su compatriota Ernesto “Che” Guevara, protagonista del proceso revolucionario cubano liderado por Castro.<sup>2</sup>

Un mes después, el 18 de marzo de 1962, en la Argentina se realizaron comicios para renovar parcialmente la Cámara de Diputados y elegir gobernadores de algunas provincias. Por primera vez, desde el golpe militar que había derrocado a Juan Perón, se permitía la presentación de candidatos y listas peronistas. En la Provincia de Buenos Aires triunfó Andrés Framini, pero las elecciones fueron inmediatamente anuladas por presión de las Fuerzas Armadas. El 29 de marzo de ese mismo año las Fuerzas detuvieron al presidente Arturo Frondizi, responsable de esa apertura electoral. Sus últimas declaraciones, antes de quedar incomunicado en la Isla Martín García, fueron que no renunciaba ni renunciaría a su cargo. Mientras tanto, José María Guido, presidente de la Cámara de Senadores, asumió la primera magistratura. Cuando el Consejo Electoral consideró la posibilidad de validar las candidaturas de los comicios antes anulados, se desató una crisis dentro de las Fuerzas Armadas. A su vez, renunció el Ministro del Interior Dr. Martínez, y con él, casi todo el gabinete que se había formado luego del aprisionamiento de Frondizi. Los generales Enrique Rauch y Raúl Poggi se confrontaron en un movimiento de tropas que, en tanques de guerra y camiones, se desplazaron desde Campo de Mayo hasta la Casa Rosada.

Ante la gravedad de la crisis institucional, se ponía en entredicho la ya precaria legitimidad de un sistema democrático que funcionaba con el peronismo proscripto. La pérdida de credibilidad respecto de los mecanismos electorales era acompañada por el descrédito de figuras políticas reconocidas en la época. Con sus visitas al nuevo presidente Guido, el socialista Américo Ghioldi, los radicales Ricardo Balbín y Arturo Illia, y también el peronista Augusto Vandor, parecían avalar la evolución de los acontecimientos.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Revista *Life en Español*, 5 de febrero de 1962.

<sup>2</sup> Sobre estos episodios véase Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón* (Buenos Aires: Ariel, 2006), 190.

<sup>3</sup> Diario *La Nación*, 18 de abril de 1962.

Más allá del accionar de Vandor, que evidenciaba las pujas dentro del peronismo, el conflicto político principal desde 1955, año en que Perón fue derrocado, radicaba en la dificultad de los gobiernos y de las Fuerzas Armadas para encontrar una postura consensuada respecto al peronismo, o mejor, respecto de un *neoperonismo* surgido en la experiencia de la Resistencia. Fracasado el plan de “desperonización” de la sociedad, se debatía en todos los espacios políticos cuál debía ser el proceder ante esa nueva forma del peronismo. En la crisis institucional reinante, varios sectores de las izquierdas creyeron hallar una “situación revolucionaria”. Frente a la oportunidad revolucionaria urgía desentrañar el accionar correcto. Dentro de los partidos de izquierda comenzó a ser audible la voz cuestionadora de las juventudes. Fue emergiendo, primero de manera solapada, y después cada vez más abiertamente, la incompatibilidad entre las direcciones partidarias y una parte de su militancia, en especial, los jóvenes universitarios.

Aun con el conflicto planteado, la ruptura con la “nueva izquierda” no fue automática, sino que estuvo atravesada por un intenso debate en torno al peronismo, a la lucha armada y, en el caso del Partido Comunista argentino (PCA), a la legitimidad de las autoridades partidarias. En este trabajo analizaremos las posiciones sostenidas por la “vieja izquierda comunista”, principalmente a través de la figura de Héctor Agosti, quien desempeñó un rol central en el vínculo entre la generación que había sido joven en los años treinta y quienes eran “muchachos” en los sesenta.<sup>4</sup>

## 2. Al encuentro del peronismo

En 1962 el PCA apoyó la candidatura del peronista sindicalista Andrés Framini. Esta medida estuvo en consonancia con el anunciado “giro a la izquierda” plasmado en el informe de Victorio Codovilla, “El significado del giro a la izquierda del peronismo”, del que se difundieron 310.000

---

<sup>4</sup> Héctor Agosti (1911-1984), escritor, ensayista y periodista argentino. Militante comunista desde 1927, ligado al grupo de Aníbal Ponce de quien se consideró discípulo. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, fue presidente de la FUA, militó en la agrupación universitaria *Insurrexit* y en la década del treinta estuvo preso por varios años. Durante su estadía en la cárcel escribió su primer libro, *El hombre prisionero* (Claridad, 1938). Estuvo a cargo de la Sección Cultura del PC argentino, donde se desempeñó como un activo organizador cultural. Fue afiliado al PC hasta su muerte en 1984.

ejemplares.<sup>5</sup> En dicho informe se revisaban las posiciones comunistas sobre dos temas centrales de la época: por un lado, la relación con el “peronismo sin Perón”, es decir, la corriente política que se mantuvo activa y en conflicto mientras su líder estaba en el exilio; y por otro, la caracterización de la Revolución cubana que, ese año, se declaraba marxista leninista, entablando un vínculo con la URSS de Nikita Khrushchev.

Pese a que en 1946 el PCA había formado parte de un frente político contra la candidatura de Perón, desde la victoria de éste en esos comicios, buscó, no sin contradicciones, relacionarse con el peronismo para mantener un vínculo con las masas obreras.<sup>6</sup> Esa búsqueda, fluctuante y compleja, se intensificó cuando Juan Perón debió exiliarse. En 1959 Agosti, en *El mito liberal*, escribió que los trabajadores peronistas “son base y levadura de la auténtica revolución agraria y antiimperialista, capaz de solucionar nacionalmente los problemas de esta etapa que nos toca vivir”<sup>7</sup>. Aun así, aclaraba que solo serían verdaderamente revolucionarios cuando se librarán de ciertos impulsos y mecanismos contradictorios, es decir, una vez que adoptaran el marxismo, desarrollaran su conciencia de clase y, por ende, aceptarían a su Partido.

Debe señalarse que la lógica de la Guerra Fría fue la que, hacia los años cincuenta, unió a ambas corrientes políticas en una zona de coincidencias, al menos ante las políticas norteamericanas para la región, que identificaban a los regímenes “populista-totalitarios” con los comunistas, también “totalitarios”. De modo semejante, en el plano local, los sectores de la derecha establecían esa relación: en la sección *Panorama Político* del diario *La Nación* se afirmaba que el encarcelamiento de Frondizi ponía en evidencia la existencia de una “frontera” en el campo

---

<sup>5</sup> Victorio Codovilla (Italia, 1894-Moscú, 1970), fundador y principal dirigente del PCA, desde 1921 fue funcionario permanente. Participó del VII Congreso de la IC en Moscú (1935) fue parte de la Comisión Política que formó las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española, y a raíz de su accionar represivo el dirigente Palmiro Togliatti pidió a Moscú que se lo relevara. Luego de pasar por México (se lo ha vinculado con el asesinato de Trotski), en 1941 volvió a la Argentina para retomar su posición en el Comité Central del PCA. Viajó en numerosas oportunidades a la URSS, donde fue condecorado con la Orden de la Revolución de Octubre (1969); allí murió y fue enterrado con honores en el cementerio de Novodévichi.

<sup>6</sup> Ver Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda* (Buenos Aires: Temas, 2001), 20-21.

<sup>7</sup> Héctor P. Agosti, *El mito liberal* (Buenos Aires: Procyon, 1959), 75.

político nacional. Esa frontera, que era la fuente de todo el conflicto, se conformaba por “un peronismo sujeto a proscripción, junto con el comunismo”<sup>8</sup>. El editorialista de *La Nación* remitía así a una de las grandes esperanzas políticas que tenía el PCA: la posibilidad de que el peronismo combativo se acercara al marxismo leninismo y a quienes entonces se consideraban su encarnación.

El nuevo presidente, José María Guido, también abonó ese parentesco al adoptar el plan de las Fuerzas Armadas que, en su cuarto punto, dictaba: “La proscripción del comunismo y de todo otro totalitarismo”<sup>9</sup>, asociando, a través de la represión, a comunistas y peronistas. El derrocamiento de Perón había abierto una nueva etapa que posibilitaba un peronismo cuestionador del sistema, que usaba “caños” (explosivos caseros), que pasaba por la experiencia de la prisión, de las persecuciones. En suma, un peronismo que dejaba de ser una fuerza en control del aparato del Estado, para pasar a la Resistencia, con sus militantes prohibidos, encarcelados y fusilados. Esta experiencia reconfiguraba las ideas, los actores, las tácticas políticas, y reforzaba también la posibilidad de un horizonte de convergencia.

Por su parte, el comunismo buscó deshacerse de sus antiguos vínculos con sectores liberales, con los que había compartido espacios, ideas y proyectos político-culturales antifascistas. Como lo ha señalado Oscar Terán en su clásico trabajo sobre los sesenta, Héctor Agosti generó, ya en los cincuenta, elementos argumentales opuestos al antiperonismo liberal socialista.<sup>10</sup> Agosti se declaró adversario de sus antiguos compañeros de militancia antifascistas, al considerar que la tradición liberal se había develado antidemocrática. Podría decirse que Agosti inició ese distanciamiento en 1951 en el marco de la conmemoración del Año Echeverriano, cuando afirmó que el peronismo era una experiencia positiva en la evolución de la politización de la clase obrera, y planteó reticencias respecto de sus colegas antifascistas devenidos antiperonistas. Esa orientación se fortaleció con el devenir de la Guerra Fría, lo que terminó de

---

<sup>8</sup> *La Nación*, 18 de abril de 1962.

<sup>9</sup> *La Nación*, 21 de abril de 1962.

<sup>10</sup> Oscar Terán, *Nuestros años sesentas* (Buenos Aires: El cielo por asalto, 1993).

quebrar el nexo entre el comunismo y los sectores liberales, en tanto que estos últimos eran críticos del “totalitarismo” comunista.

En 1963 el PCA realizó su XII Congreso en el que se buscó encauzar “el giro a la izquierda de las masas influidas por el peronismo”, y se propuso la conformación de un “Frente Democrático Nacional, antioligárquico, antiimperialista y pro paz”. El dirigente Orestes Ghioldi rememoraba allí que, desde su XI Congreso (1946), “nuestro Partido se esforzó por estar siempre junto a las masas influidas por el peronismo en todas sus luchas”<sup>11</sup>. Por su parte, Codovilla valoraba, en su informe, el grado de combatividad alcanzado por las masas peronistas, y sostenía que “el desarrollo dialéctico de la situación llevará inevitablemente a los sectores obreros y populares del peronismo a posiciones coincidentes con la de los comunistas y a la asimilación paulatina de la doctrina marxista leninista”<sup>12</sup>.

En este marco, las ideas y posturas sobre el antiimperialismo antinorteamericano y sobre la liberación nacional eran terreno fértil para las coincidencias. Desde ya que el comunismo no fue el único espacio político de izquierdas que buscó acercarse al peronismo ahora “disponible”. Fue en torno a esta misma esperanza que nació la “nueva izquierda”, formada por diversos sectores ligados al pensamiento de izquierdas no comunista. Entre ellos, el grupo de la revista *Contorno*, sectores del trotskismo, como el MIR-Praxis de Silvio Frondizi, y las juventudes del Partido Socialista, buscaron reposicionarse ante el peronismo, “rescatar lo popular” y analizar las proyecciones políticas posibles.<sup>13</sup> En esa corriente confluyeron no sólo aquellos jóvenes que provenían de militancias partidarias fallidas, como el caso de los socialistas y—según veremos más adelante—los comunistas, sino también aquellos pertenecientes a un ámbito académico-intelectual. Estos grupos estaban atravesados por, al menos, tres cuestiones claves: el dilema de la organicidad partidaria, los debates en torno a la forma de vincularse con el peronismo y, finalmente, la

---

<sup>11</sup> Orestes Ghioldi, *Escritos y discursos*, Tomo 1 (Buenos Aires: Fundamentos, 1981): 49-50.

<sup>12</sup> Víctor Codovilla citado en Orestes Ghioldi, *Escritos y Discursos*: 88.

<sup>13</sup> Sobre la transición de la juventud de Partido Socialista a la nueva izquierda véase: María Cristina Tortti, *El ‘viejo’ partido socialista y los orígenes de la ‘nueva’ izquierda* (Buenos Aires: Prometeo, 2009).

conflictiva toma de posición frente los usos de la violencia revolucionaria. Esta última cuestión, íntimamente ligada a la experiencia cubana.

Cuando el proceso de la Revolución cubana se vinculó con el bloque socialista, el PCA pareció reubicarse favorablemente. Sin embargo, la Revolución cubana también generó fuertes divergencias. Por un lado, en el seno del peronismo,<sup>14</sup> y por otro, dentro de los partidos de izquierdas, y en particular dentro del PCA. El triunfo cubano puso de manifiesto las tensiones en torno a la manera en que podría realizarse una revolución en la Argentina. En una coyuntura en la que la definición del *tipo de revolución* que llevaría al socialismo era el centro de las preocupaciones políticas e intelectuales, el PCA seguía considerando que la *revolución democrático-burguesa*, antiimperialista y antioligárquica era la más apropiada por las características socioeconómicas locales. Esta definición política fue fuertemente cuestionada desde otros sectores de izquierda marxista, que estimaban, en cambio, que las condiciones eran propicias para incitar a la revolución sin preámbulos, siguiendo el modelo cubano.

En suma, aun cuando el informe de Codovilla buscó *aggiornar* las posiciones de los comunistas respecto a los temas candentes de la hora (acercarse al neoperonismo; y “saludar y apoyar” al proceso revolucionario cubano), subyacía una discrepancia vinculada a dos conceptos centrales de la época: “revolución” y “democracia”. Esta diferencia fue horadando la relación con sectores del propio Partido.

### 3. *De caminos cortos y largos*

En su mensaje a los argentinos del 25 de mayo de 1962, Ernesto “Che” Guevara planteó las coincidencias entre comunistas, socialistas y peronistas:

Todo es parte de una sola lucha, y es verdad cuando el imperialismo lo llama con un denominador común, porque aun cuando las ideologías cambien, aun cuando uno se reconozca comunista, o socialista, peronista, o cualquier otra ideología política en determinado país, sólo caben dos posiciones en la historia: o se está a favor de los monopolios, o se está en contra de los monopolios. Y todos los que están en contra de los monopolios, a todos ellos se les

---

<sup>14</sup> Como ejemplo pueden seguirse los desencuentros epistolares entre John William Cooke y Perón, *Correspondencia Perón-Cooke* (Buenos Aires: Parlamento, 1985).

puede aplicar un denominador común. En eso los norteamericanos tienen razón. Todos los que luchamos por la liberación de nuestros pueblos luchamos al mismo tiempo, aunque a veces no lo sepamos, por el aniquilamiento del imperialismo. Y todos somos aliados, aunque a veces no lo sepamos, aunque a veces nuestras propias fuerzas las dividamos en querellas internas, aunque a veces por discusiones estériles dejamos de hacer el frente necesario para luchar contra el imperialismo. Pero todos, todos los que luchamos honestamente por la liberación de nuestras respectivas patrias, somos enemigos directos del imperialismo.<sup>15</sup>

El triunfo de la Revolución cubana generó un cuestionamiento a la trayectoria del PCA y, sobre todo, a sus perspectivas revolucionarias. Desde varios frentes se criticó el desempeño político comunista que antepone la necesidad de realizar una revolución democrático-burguesa, como condición para llegar al socialismo. Esta consigna se basaba en un diagnóstico que se remontaba al VIII Congreso de 1928, en el que se definió a la Argentina como un país semicolonial y, por ende, sólo susceptible de una revolución de carácter democrático, burgués, agrario y antiimperialista. Aun con una voluntad renovadora, sus fórmulas y el lenguaje utilizado se mantenían fieles a las definiciones y sentidos de las décadas del veinte y del treinta.

Cuando en su informe Codovilla alentó la creación de un “Partido único del proletariado argentino” junto con los peronistas, condicionaba esa unión, en tanto que esta sería “sobre la base de la ideología marxista leninista (...) Para ello hay que hacer penetrar profundamente entre la clase obrera y el pueblo la idea de Lenin de que el Partido es el honor, la conciencia y la inteligencia de nuestra época”<sup>16</sup>.

Frente a esto, sectores de izquierda como el MIR de Silvio Frondizi desafiaban el diagnóstico del PCA, al considerar que se podía pasar directamente a la búsqueda del socialismo, sin la mediación del Partido.<sup>17</sup> Entre otros sectores marxistas-no comunistas, surgió lo que Oscar Terán

---

<sup>15</sup> Ernesto Guevara, 25 de mayo de 1962, en, *Escritos y discursos* (Buenos Aires: Antarc, 1986):11. (este mensaje luego fue republicado por la revista *Cristianismo y revolución*, dirigida por el católico Juan María García Ellorrio entre 1966 y 1968).

<sup>16</sup> Codovilla informe al XII Congreso citado en Orestes Ghioldi, *Escritos y discursos*, 89.

<sup>17</sup> Samuel Amaral, “Silvio Frondizi y el surgimiento de la nueva izquierda” en <http://cdi.mecon.gov.ar/biblio/doc/cema/doctrab/313.pdf> (consultado el 4 de febrero de 2013).

denominó “Partido cubano”, es decir, quienes buscaban, por fuera del Partido, una vía revolucionaria inorgánica que siguiera los “caminos genéricamente señalados por la interpretación circulante del triunfo de Fidel Castro, y por los escritos del Che Guevara, canónicamente simplificados por Régis Debray”<sup>18</sup>. En la formación política de la época fue significativa la influencia de lo que luego sería la teoría foquista y de lecturas como las de Jean Paul Sartre en el prólogo a *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon.<sup>19</sup> Sartre llamaba a que se leyera a Fanon para comprender la necesidad de la violencia para responder a la violencia del colonialismo. En este sentido, sostenía que “ninguna dulzura borrará las señales de violencia; solo la violencia puede destruirlas (...) estoy seguro de que ya se acerca el momento en que nos uniremos a quienes la están haciendo”<sup>20</sup>. Sensible a este espíritu de inminencia revolucionaria, en *Rayuela*, de Cortázar se señalaba con ironía que “la cosa era posible, había ejemplos (...) Felices los que eligen, los que aceptan ser elegidos, los hermosos héroes, los hermosos santos, los escapistas perfectos”<sup>21</sup>.

El “ejemplo” cubano exaltaba la idea de la cercanía revolucionaria y del foco guerrillero como medio eficaz para alcanzar dicho fin. Si bien el PC no descartaba el uso de la violencia como forma de lucha revolucionaria, rechazó al foquismo como una práctica “aventurera”. De hecho, el PC admitía el uso de diferentes tácticas para alcanzar la revolución y por eso mantenía una estructura paralela clandestina, con entrenamiento militar a miembros que estaban preparados para el caso de que se desencadenara una revolución popular.<sup>22</sup> No obstante, el uso de la violencia debía estar supeditado a las decisiones políticas del Comité Ejecutivo partidario. La posibilidad de actuar por fuera de las normas disciplinarias del Partido era una falta grave.

---

<sup>18</sup> Oscar Terán, “Filosofía, historia y política: un recorrido” en *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006), 18.

<sup>19</sup> Frantz Fanon, *Les damnés de la terre* (París: François Maspero, 1961); traducción al castellano en 1963 por FCE.

<sup>20</sup> Jean Paul Sartre en prólogo a Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra* (México: FCE, 1963), 20-29.

<sup>21</sup> Julio Cortázar, *Rayuela* (Buenos Aires: Sudamericana, 1969), 32-34.

<sup>22</sup> Isidoro Gilbert, *La Fede, alistándose para la revolución, la Federación juvenil comunista 1921-2005* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009), 418.

Por otra parte, se enfatizaba en que era el pueblo el que debía tomar las armas. El PCA procuraba distinguir la violencia cruda de la violencia legítima, ligada a los procesos populares. Asimismo, Rodolfo Ghioldi, especialista en temas militares, consideraba que era necesario buscar alianzas con sectores del ejército.<sup>23</sup> En el XII Congreso se llamó a “tener en cuenta el peligro representado por los sectores militares reaccionarios y golpistas, pero a la vez la existencia de corrientes inspiradas en las tradiciones sanmartinianas, y la necesidad de atraerlas y ganarlas para las transformaciones democráticas y la unidad del pueblo”<sup>24</sup>. La idea era desarrollar una táctica cooptativa dentro de la Fuerzas Armadas. En el mismo Congreso, Rodolfo Ghioldi planteó que para suscitar seriamente el problema del poder se debía analizar la cuestión militar: “No hay revolución popular victoriosa, revolución democrática, agraria y antiimperialista, si una parte de las Fuerzas Armadas no pasa del lado de acá”<sup>25</sup>. Ghioldi consideraba que había en el Ejército argentino una tradición sanmartiniana, democrática, que era depositaria de la posibilidad de que existiera un ejército del pueblo que, subordinado al poder civil, fuera central para generar los cambios necesarios y para organizar una transición definitiva al socialismo.<sup>26</sup>

La dirección partidaria, a cargo principalmente de los hermanos Rodolfo y Orestes Ghioldi y de Victorio Codovilla, estimaba que, a pesar de haber pasado largos períodos en la clandestinidad, el PC debía mantener su existencia legal y participar en los comicios. Así, sostenían un discurso defensor de la democracia, en el que se distinguían democracia burguesa de democracia proletaria, cuyo ejemplo era la URSS, que ponía en evidencia la oposición entre la democracia “real” de los soviets y la democracia liberal burguesa (al servicio de las clases dominantes).

---

<sup>23</sup> Probablemente influenciado por su experiencia en un acto de revolución fallida junto al militar brasileño Luiz Carlos Prestes en 1935. Véase Jorge Amado, *Prestes, el caballero de la esperanza* (Buenos Aires: Futuro, 1958).

<sup>24</sup> Athos Fava, *Qué es el Partido Comunista* (Buenos Aires: Sudamericana, 1983): 67.

<sup>25</sup> Rodolfo Ghioldi, “¿Ejército popular o ejército pretoriano?”, *Escritos* (Buenos Aires: Anteo, 1975): 185.

<sup>26</sup> Alberto Kohen, *Crisis política y poder armado* (Buenos Aires: Anteo, 1983).

Por su parte, Agosti en *El mito liberal* debatió con Roberto Giusti para disputarle al liberalismo la condición democrática, afirmando que la verdadera tradición democrática era la socialista, por su contenido proletario. En esa discusión, llegaba a la conclusión de que sus antiguos compañeros liberales habían perdido relevancia política y que, en cambio, los sujetos colectivos protagonistas de la época eran los “trabajadores peronistas” y los jóvenes. En este sentido, eligió para dirigirse a los “muchachos” la revista *Che*, una revista de la nueva izquierda dirigida por el joven Pablo Giussani.<sup>27</sup> En marzo de 1961, en relación con lo que consideraba era la demasiada urgencia de los jóvenes por forzar el inicio de un proceso revolucionario, señaló que “el camino largo sigue siendo el más corto”<sup>28</sup>. Agosti recogía así la acusación de las juventudes al accionar de los partidos de izquierda, al reconocer que el PC contaba entre sus filas con camaradas “dogmáticos aprisionados de esquemas”; sin embargo, advertía que “el aventurerismo” no era una solución válida. Para él, la actitud aventurera evidenciaba un desdén por el pueblo, puesto que se lo trataba como a un sujeto de minoridad manejable por órdenes remotas.<sup>29</sup> Frente a esta disyuntiva, proponía la búsqueda de soluciones “verdaderamente democráticas”.

Entonces, ¿cómo aunar posiciones y acortar distancias? Frente a esto, Agosti pedía paciencia a los jóvenes: “No estamos para empezar de nuevo sino para proseguir por el camino de la unidad popular. Hay que aventar los recelos y las discrepancias parciales. Hay que mirar hacia lo fundamental, hacia lo que puede congregarnos, limpiamente. Estoy seguro que el camino largo se hará, así, cada vez más corto”<sup>30</sup>.

Sin embargo, los acontecimientos relativos al encarcelamiento de Frondizi parecían evidenciar lo ficcional del sistema democrático argentino. Por lo tanto, se profundizaba la desconfianza en las soluciones institucionales, lo que alentó la opción del uso de la violencia. En 1964 en la provincia de Salta comenzó a actuar el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), liderado por Jorge Masetti. Periodista de radio *El mundo*, Masetti

---

<sup>27</sup> Sobre la revista *Che* véase María Cristina Tortti, *El ‘viejo’ partido socialista y los orígenes de la ‘nueva’ izquierda*, ob. cit.

<sup>28</sup> Revista *Che*, año 1, n° 9, 9 de marzo de 1961.

<sup>29</sup> Idem: 4.

<sup>30</sup> Idem: 4.

había viajado a Cuba para cubrir el avance de la guerrilla por Sierra Maestra. A partir de esa experiencia, se unió a la lucha y luego de la Revolución fue director general de la agencia de noticias *Prensa Latina*. De acuerdo con los relatos del documental *La Palabra empeñada*, Masetti o “comandante Segundo” contaba con el aval de Guevara para iniciar un foco en la Argentina<sup>31</sup>. El PCA disintió de la iniciativa guerrillera, al considerar que la elección del nuevo presidente de la UCR del Pueblo, Arturo Illia, quitaba legitimidad a las acciones armadas. Masetti, en cambio, acusó a Illia de ser un político fraudulento, que había caído en “la trampa del chantaje de las Fuerzas Armadas” y decidió emprender, de todas maneras, la lucha en las montañas.<sup>32</sup>

En ese contexto, se produjeron las primeras rupturas entre el PC y grupos de la juventud partidaria. En 1963, antes de los sucesos de Salta, fueron expulsados del PCA los jóvenes comunistas que editaban la revista *Pasado y Presente*, entre ellos, Juan Carlos Portantiero (1934-2007), José María Aricó (1931-1991), Héctor Schmucler (1931) y Oscar del Barco (1928). Esa revista había contado con el apoyo financiero del PC en sus dos primeros números, y algunos de sus integrantes habían sido parte del grupo de estudio y traducción de Antonio Gramsci patrocinado por Héctor Agosti. No obstante, el crítico editorial de José Aricó no fue tolerado por la dirigencia partidaria que identificó en él una desviación ideológica. Un año más tarde, también se alejó del PCA el grupo de la revista literaria *La rosa blindada*, entre ellos los escritores Andrés Rivera y Juan Gelman.<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> Al respecto véase *La palabra empeñada*, documental guionado y dirigido por Juan Pablo Ruiz y Martín Masetti, que contó con los testimonios de Luis Segura Castillo, Ciro Bustos, Alejandro Doria, Rogelio García Lupo, Ricardo Horvath, Osvaldo Bayer, Guillermo Jiménez, Oscar Fernández Mell, Juan Marrero, Conchita Dumois, Gabriel García Márquez, Orlando Borrego, José Bodes, Alberto Castellanos, Ulises Estrada, Juan Carretero, Miguel Tiranti, Colome Ibarra Furri, Papito Serguera, Jorge Paul, Héctor Jouve y Belisario López.

<sup>32</sup> Jorge Masetti, “Carta al presidente Illia” en Jorge Ricardo Masetti, *Los que luchan y los que lloran* (Buenos Aires: Nuestra América, 2012), 259-264.

<sup>33</sup> *La rosa blindada* fue una revista dirigida por Carlos Alberto Brocato y José Luis Mangieri, en su n°4, marzo de 1965, el editorial conmemoraba a Raúl González Tuñón en su cumpleaños número sesenta. Allí se distinguía a Tuñón, Juan L. Ortiz, Amaro Villanueva, Giambiagi, Pisarello y Spilimbergo de los “administradores de cultura (...) que nos acusan de *ultraizquierdistas* y *generacionales*. Esos *viejos* [los primero mencionados] están con lo nuevo así como con ellos estamos los que venimos detrás, ofreciéndoles nuestro auténtico y jamás retaceado respeto. Ni planteos generacionales, ni grupos ni fracciones. Eso

Finalmente, en 1967 Otto Vargas, Secretario General de la Federación Juvenil Comunista, se desvinculó del Partido junto con un numeroso grupo de jóvenes comunistas, por motivos relativos a la confrontación chino-soviética.

En sus mensajes a la juventud, Orestes Ghiodi afirmaba que el Partido debía ser valorado en tanto “garantía de victoria para las luchas obreras y campesinas”<sup>34</sup>, y ponía el foco en la “abnegación”, en la necesidad del sacrificio militante y de la disciplina partidaria. Sin embargo, este tono comenzó a resultar ineficaz para retener a la militancia de los años sesentas, ya que, además de las divergencias políticas, se evidenciaba una tensión profunda entre el *ethos* militante comunista y las expectativas de las juventudes. Si tomamos la noción de *ethos* como un “conjunto de reglas más o menos implícitas, socialmente construidas, consideradas razonables por el grupo social”<sup>35</sup>, podemos pensar que en este caso, la “razonabilidad contenida en la acción”, guía de las conductas de un grupo, comenzó a ser puesta en duda crecientemente por los jóvenes partidarios. En este sentido, Héctor Agosti, uno de los dirigentes comunistas más respetados por aquellos “muchachos”, a pesar de sus esfuerzos, no pudo mantener a la nueva generación en sintonía con la posición política del PCA. Sobre esa situación escribió años después:

Me preocupa una sensación de ruptura con los jóvenes, una fractura entre ‘ellos’ y ‘nosotros’ (aludo naturalmente a los jóvenes comunistas). Se me dice que es característica de los jóvenes esta negación de los mayores. Es cierto, pero a medias. También nosotros, en nuestro tiempo, repudiamos a los mayores. Pero era un rechazo de los mayores ‘del otro lado’, mientras había un acatamiento a veces excesivo a los mayores de nuestra corriente. Es, justamente, lo que ahora no veo. Ahora nos repudian en bloque; casi sin quererlo me lo confirma Sarita Jorge: los muchachos—dice—creen que no nos deben nada. Yo diría que es peor: dan la impresión de que los hemos defraudado. ¿Será que ellos también se sienten, frente a nosotros, una generación traicionada? Dado que tanto Paso como Cecilia Makovich me han hecho reflexiones parecidas, siento entonces que el problema verdaderamente existe

---

queda atormentando la mente enferma de algún demorado macarthista con signo contrario que hoy volvería a fusilar a Babel”. En ese mismo número se publicaron los “Poemas a los guerrilleros” dedicados al EGP y al comandante Segundo.

<sup>34</sup> Orestes Ghiodi, “Problemas de la joven generación”, Conferencia por el 35 aniversario de la Federación Juvenil Comunista (1956), en ob. cit., 24.

<sup>35</sup> Ana Teresa Martínez, *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una práctica sociológica* (Buenos Aires: Manantial, 2007), 42.

y que quizá lo mío no sea sino un caso particular dentro de lo general. Pero con eso no se aminora el problema, no se achica. Valdría la pena examinarlo en sus proyecciones últimas, porque se trata de un grupo de muchachos inteligentes, que es necesario alentar porque constituyen la única posibilidad real, perceptible, de nuestro relevo.<sup>36</sup>

Si bien la generación que formó la “nueva izquierda” reconoció en Agosti a un maestro, distinguiéndolo del “dogmatismo-sectario” reinante en el resto del Partido, a lo largo de los años sesenta las discrepancias sobre temas coyunturales se combinaron con un creciente desconocimiento de los “viejos” como interlocutores válidos. De este modo, se fue abriendo progresivamente una brecha en el lenguaje: jóvenes y “viejos” se remitían a fuentes de autoridad intelectual diferentes. En especial, fue puesta en duda la condición *científica* que emanaba del marxismo utilizado por el PCA. El desarrollo teórico del comunismo local resultaba insuficiente para una juventud que había accedido a la educación universitaria. Cada vez más la fuente de legitimidad intelectual de los jóvenes comenzó a estar en las Ciencias Sociales y en marxismos no comunistas. Luego de la ruptura con el grupo *Pasado y Presente*, Agosti—quien ese año pasó a integrar formalmente el Comité Central del Partido—se encargó de debatir con la que llamaba “cierta sociología”. En 1964 dictó un curso en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que luego repitió en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, en el que afrontó la tarea de defender la validez del marxismo comunista, ante el ámbito universitario.<sup>37</sup>

#### 4. *Impugnaciones al saber comunista*

Sin ser nunca antiintelectualistas, los escritos de Héctor Agosti sí fueron incrementando sus rasgos antiacademicistas. Pese a destacarse en las disciplinas que abordaron, ni Agosti ni su maestro Aníbal Ponce (1898-1938) habían finalizado sus carreras universitarias de grado. Dicha distancia con lo académico tal vez pueda explicarse por el hecho de que el

---

<sup>36</sup> Héctor Agosti, en Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti. Creación y milicia* (Buenos Aires: Grupo de amigos de Héctor P. Agosti, 1994), 71.

<sup>37</sup> En total, fueron seis conferencias, luego publicadas en Héctor Agosti, *Tántalo recobrado. Condiciones actuales del humanismo* (Buenos Aires: Lautaro, 1964).

comunismo veía en el espacio universitario argentino, constantemente atravesado por intervenciones ligadas a los golpes militares, un lugar obturado para el desarrollo intelectual. Por eso se buscaba “educar” en la tradición marxista mediante cursos e instancias vinculadas al propio Partido. Resaltando la condición científica de la teoría marxista, se procuraba desarrollar un saber comunista en áreas diversas, como la economía, la psicología, la historia, la literatura, las ciencias exactas, etcétera. En terrenos en los que no se contaba con desarrollos locales, se remitía a teóricos comunistas del extranjero.

Estas críticas de los comunistas al conocimiento académico y a la pertenencia al ámbito universitario se acentuaron junto a las rupturas con la “nueva izquierda”. En parte porque muchos de quienes rompieron con el PCA en aquellos años encontraron en el ámbito universitario un nuevo espacio donde desempeñarse intelectualmente; algunos obtuvieron cargos docentes y, en ciertos casos, realizaron doctorados en el extranjero.

Por el contrario, quienes se quedaron en el PC criticaron la incorporación al ámbito universitario por considerarla una defeción política, que se agravaba en tanto que algunos grupos permitían que sus investigaciones fueran financiadas por organismos internacionales, vinculados a los Estados Unidos. Así, la elección del desarrollo universitario se asociaba con una forma de “adaptación al sistema capitalista” y de descompromiso político. Para los comunistas, los saberes de las Ciencias Sociales, y particularmente de la carrera de Sociología, estaban inhabilitados por el financiamiento externo “imperialista” de los Estados Unidos, en especial de la Fundación Ford.

Por su parte, la juventud universitaria impugnó al comunismo prosoviético como matriz de pensamiento válida, como prisma a través del cual comprender y transformar el mundo. No sólo le disputaron la interpretación del marxismo, también comenzaron a cuestionar la vigencia de la forma leninista-stalinista adoptada por el PCA.<sup>38</sup> De este modo, el

---

<sup>38</sup> Más allá de lo controvertido y polisémico de este concepto, aquí se entiende por stalinismo un estilo político ligado a prácticas burocráticas, de perpetuación de algunos líderes en el poder, muy atento a identificar enemigos internos y a mantener una rígida disciplina partidaria. Las concepciones sobre el stalinismo estuvieron fuertemente marcadas por la crítica hecha en el XX Congreso del PCUS por Nikita Khrushchev, en el que se denunciaron los crímenes stalinistas

comunismo perdía el monopolio del uso del marxismo, pero no solo eso, estas desavenencias eran síntomas de un proceso de cambio *gnoseológico* más profundo, que socavó una de las dos fuentes de legitimidad del comunismo: su capacidad científico-teórica. Debilitado en el plano teórico, se reforzó su otra fuente de legitimidad: el triunfo de la revolución soviética, la URSS y el bloque socialista.

Aun cuando el mundo académico le fuera crecientemente hostil, el comunismo argentino no renunciaba a considerarse el verdadero depositario del saber marxista, ni descartaba ningún espacio para el accionar político. Así, se consolidó en aquellas áreas universitarias donde pudo, como fue el caso de la Psicología. Agosti, particularmente, también evitó desligarse del ámbito universitario. Si bien mantuvo una relación “limitada”, en tanto que no poseía un título docente habilitante, procuró seguir dictando cursos en universidades argentinas y latinoamericanas.

En *Tántalo recobrado* se refirió irónicamente a las “filigranadas cartulinas universitarias”, a los “títulos impresionantes” que, al ostentarse, suspenden el aliento del auditorio. Desafiante, propuso refutar al filósofo pragmatista Ferdinand Schiller, *Master of Sciences* por la Universidad de Oxford, en su uso del mito de Tántalo como símbolo de la condición y el futuro del hombre,<sup>39</sup> “sin invocar otra autoridad ni otro título que los muy escasamente atendibles de hermano mayor”<sup>40</sup>. Según Agosti, la interpretación del mito de Tántalo merecía un carácter más optimista, vinculado a la utopía hecha realidad, al considerar que lo mítico ya había sido reemplazado por un hecho real: “comprobamos que la Utopía ya tiene su lugar concreto sobre la tierra liberada”, es decir, la Unión Soviética. De acuerdo con Agosti, allí *ya* se construyó el “humanismo real”. No habría

---

y el estilo fuertemente personalista de su liderazgo. Los alejamientos por parte de la nueva izquierda se inscribieron en un cambio de época ligado a esta ruptura. Como una forma de renovación del legado marxista, se recurrió a figuras como el italiano Antonio Gramsci o el peruano José Carlos Mariátegui, teóricos marxistas que luego quedarían asociados a la nueva izquierda.

<sup>39</sup> De acuerdo al mito griego, Tántalo ofreció a los dioses a su propio hijo Pélope como parte de un banquete. Castigado por Zeus, debió pasar la eternidad en un pantano sufriendo un suplicio de sed y hambre, teniendo a su alcance agua y frutos para saciarla pero imposibilitado de hacerlo. Pierre Grimal, *La mitología griega* (Barcelona: Paidós, 1989).

<sup>40</sup>Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 215.

que elaborar un sistema más perfecto de sociedad, sino reconocerlo en la URSS.

En sus conferencias Agosti dio cuenta de sus preocupaciones por los debates en los que estaba inmerso al referirse a “presuntos marxistas”, que insisten en negar los avances portentosos del mundo socialista. Pero, sobre todo, se remitió a la disputa en torno al lenguaje y a las convenciones profesionales. Para él, en pos de conocer la realidad concreta era necesario a veces alejarse de las abstracciones, de los “vuelos siderales”: “Es posible que el lenguaje que utilicemos, especialmente esta noche, se aparte en cierta medida de las convenciones tradicionales de la filosofía profesional”<sup>41</sup>. Esta postura se enfrentaba a lo que llamó “cierta escuela sociológica que prescinde de las relaciones de clase (...) que pretende dar como hecho superado la lucha de clases: una fórmula envejecida, se arguye”<sup>42</sup>. Al decir esto, parecía estar inmerso en la tensión entre lo nuevo y lo viejo; buscaba desmentir el envejecimiento de su doctrina, transmitir optimismo y evitar ceder terreno en el ámbito del conocimiento. Asimismo, reforzó en esa disyuntiva su apuesta política por el socialismo real. Afirmó, como vimos, que era en la Unión Soviética donde se situaban las esperanzas revolucionarias reales, que solo con su apoyo podría realizarse un cambio hacia el socialismo, aun “con todos los errores que hayan podido y aún puedan deslizarse en su construcción”<sup>43</sup>.

Asimismo, Agosti se distanció de lo que consideraba “el lenguaje y los hechos de ciertos tardíos discípulos de Blanqui que imaginan una revolución perfecta a cargo de algunas minorías audaces, prescindiendo del pensamiento, el sentimiento y la acción de las masas”<sup>44</sup>. Por oposición, la imagen de Revolución que transmitía Agosti complejizaba el uso de la violencia: “la violencia con que pueda manifestarse la transformación revolucionaria acaudillada por la clase obrera no está, ni teórica ni prácticamente, encaminada a la destrucción de los individuos que integran las clases explotadoras, sino a la destrucción de las clases que tales

---

<sup>41</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 24.

<sup>42</sup> Héctor Agosti *Tántalo recobrado*, 37-44.

<sup>43</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 38.

<sup>44</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 70. Louis Auguste Blanqui (1805-1881) revolucionario francés, organizador del movimiento estudiantil parisino, defensor de la lucha armada.

individuos componen”<sup>45</sup>. Según él, el humanismo marxista se fundaría en la abolición de la propiedad privada, pero *exclusivamente* de la propiedad de los medios de producción y cambio. También, se diferenció del humanismo de la noviolencia que pregonaban, entre otros, Jawaharlal Nehru, pues consideraba que la violencia estaba presente de por sí en tanto que emanaba de las clases explotadoras. Para confrontarla “no hay otra forma de manifestarse a través de lo social que no sea la política, y la política representa conflicto, lucha y, por consiguiente, odio”<sup>46</sup>.

En definitiva, Agosti daba batalla en varios frentes: respondía, por un lado, a las críticas de los universitarios de “cierta sociología”, y al mismo tiempo, aunque de manera diferente, debatía con el humanismo católico. A diferencia de su posición respecto de los sociólogos, Agosti sugería buscar puentes de entendimiento con las nuevas corrientes del catolicismo, pues consideraba que existían fundamentos ideológicos en común con el comunismo: “tantos muchachos llamados ‘humanistas’, muchos de los cuales sinceramente creen encontrar en el cristianismo la puerta de salida para la crisis irremediable de la sociedad capitalista (...) conviene distinguir entre la política de la Iglesia por un lado y la actitud, por el otro, de tantos católicos efectivamente preocupados por la liberación del hombre”<sup>47</sup>. Resultaba, entonces, deseable un diálogo, “la búsqueda de todos los caminos posibles para la realización del humanismo”<sup>48</sup>. Agosti aclaraba que el enemigo fundamental de la clase obrera no era la religión ni la Iglesia, sino la clase de los capitalistas y el Estado capitalista. En ese sentido, cristianos y marxistas tenían un enemigo en común y similares reivindicaciones. Por lo tanto, podrían actuar en colaboración, en pos de la liberación de la clase obrera.

Acerca del problema que se planteaba con el uso de la violencia, Agosti distinguía “violencia” de “fuerza”, reconociendo que “es difícil comprender cómo puede arribarse al socialismo si se prescinde del momento de la revolución, es decir, del acto de violencia que, por instrumento de la coerción revolucionaria, se ejercita sobre los privilegios

---

<sup>45</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 170.

<sup>46</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 173.

<sup>47</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 121.

<sup>48</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 123.

de las antiguas clases dominantes”<sup>49</sup>. En este punto, siempre según Agosti, se distinguía el humanismo real (comunista) de los demás humanismos.

El empleo de la violencia revolucionaria, si se prefiere, debe apoyarse en acciones de masas del pueblo y no en una conjura de pequeños núcleos por mejor intencionados que estén. La violencia, tal como la concibe el marxismo, no implica necesariamente el estallido armado, aunque tampoco lo excluya. El marxismo-leninismo nunca ha absolutizado la lucha armada como única forma de la lucha violenta (...) lo que el marxismo ha proclamado es la inevitabilidad de la coerción revolucionaria, entendida como el ejercicio de la democracia socialista por las grandes masas, en el proceso destinado a destruir los obstáculos sociales que se oponen a la plena expansión del hombre.<sup>50</sup>

Estas palabras de Agosti en una conferencia del 10 de junio de 1964 no pueden haber estado ajenas a los acontecimientos en torno al fracaso del foco guerrillero liderado por Masetti. Para entonces, la operación Sombra, realizada en la provincia norteña de Salta, ya había sido duramente reprimida por la Gendarmería Nacional Argentina, conducida por el general Julio Alsogaray. Algunos de sus integrantes fueron abatidos y otros se perdieron en la selva y nunca regresaron.

Agosti rechazaba a los grupos defensores de la lucha armada, y en cambio proponía la búsqueda de una revolución en el territorio común de “nuestra América”. Para él, la disputa entre sistemas sociales de distinto signo no se zanjaría inevitablemente con las armas en la mano, teniendo en cuenta la escala apocalíptica de destrucción atómica.<sup>51</sup> En la conferencia antes mencionada también buscó crear una *imaginación revolucionaria*, planteando, en clave marxista, la necesidad de crear un sistema de propiedad colectiva que suprimiera la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. Así, se encargaba de narrar cómo serían las perspectivas de un nuevo hombre y una nueva sociedad: en ella deberían desarrollarse normas de autogestión, métodos de planificación coordinada, a través de asambleas permanentes de producción que intervinieran en los problemas de gestión de empresa y en la elaboración de planes económicos. Esto llevaría a la “participación consciente de las masas en los asuntos públicos con la paulatina

---

<sup>49</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 178.

<sup>50</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 178-179.

<sup>51</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 181.

transferencia de funciones políticas, administrativas y judiciales a los organismos sociales”<sup>52</sup>. De esta manera se alcanzaría un desplazamiento de las funciones gubernativas a organismos sociales como los sindicatos, las organizaciones femeninas, juveniles, etcétera.<sup>53</sup> En su visión, todo ese proceso desembocaría en la creación de una nueva moral del hombre ante el trabajo. En el futuro, entonces, siempre según Agosti, la conquista de los espacios siderales y de la cibernética permitiría que la reivindicación del tiempo libre apareciera, cada vez más, como una exigencia social y moral del hombre.<sup>54</sup> En este sentido, vinculaba los antecedentes soviéticos con el porvenir: “ahora sabemos que el año 2000 comenzó en 1917”<sup>55</sup>.

En conclusión, Agosti finalmente se inclinó por el modelo revolucionario soviético, ya que consideraba que su potencialidad militar era una de las condiciones de posibilidad para la construcción de un socialismo vernáculo. De ese modo, los jóvenes perdieron, para él, su centralidad como agentes revolucionarios. A la vez, la imagen de revolución que transmitía Agosti, y por extensión el PCA, ya no era la predominante entre las juventudes. Aun así Agosti no renunciaba al intento de generar empatía entre los “muchachos” y seguía buscando a quienes podrían ser los renovadores del marxismo comunista local. No obstante, su tono era cada vez más nostálgico: una brecha se había abierto.

##### 5. *Caminos que se bifurcan*

Cuando un grupo busca posicionarse como alternativa en una arena en disputa, apelar a su carácter de “novedoso” resulta una estrategia efectiva, ya que sirve para legitimar el conflicto con el grupo de pertenencia originario. Este argumento fue particularmente eficaz en los años sesenta, cuando el tópico de “lo nuevo” tuvo un lugar prominente en las

---

<sup>52</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 199.

<sup>53</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 210.

<sup>54</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*: 204, “La organización del tiempo libre, mediante la reducción de la jornada de trabajo y la utilización plena del potencial productivo, es resultado de una planificación global de la economía que no puede realizarse en la sociedad capitalista debido a las contradicciones inherentes al modo privado de apropiación; pero supone en la sociedad comunista una economía de abundancia altamente tecnificada (...), la comprensión del humanismo socialista: es el que se refiere a la liberación auténtica de la mujer y al establecimiento de la absoluta igualdad con el hombre” (Ib. 208).

<sup>55</sup> Héctor Agosti, *Tántalo recobrado*, 185.

identificaciones y en las acciones de los sujetos.<sup>56</sup> La diferenciación entre “nueva” y “vieja” izquierda comunista se basó en sus posicionamientos ante temas candentes: el peronismo, la lucha armada y la forma que debía adoptar la revolución. Pero no sólo eso, además fue expresión de un quiebre más profundo y, por eso, extendido geográficamente a casi todos los Partidos Comunistas occidentales: el quiebre de un “pacto” de *cointeligibilidad* en torno al marxismo comunista.

Asimismo, fue un campo de debate sobre la validez de lo democrático y de la estructura organizacional partidaria como vehículo de lucha político-revolucionaria. El rechazo de los muchachos a “ese” Partido (PCA) y a “esa” democracia se propagó en un gesto de hartazgo. En la Argentina, ese gesto se profundizó cuando, luego del golpe de Estado de 1966 que derrocó a Arturo Illia, se instaló la dictadura del General Onganía. El PCA rechazó la dictadura y buscó mantenerse en contacto con los movimientos populares que, subterráneamente, iban conformándose en contra del “onganiato” y que estallaron a fines de los sesenta. Sin embargo, su rol político compitió en desventaja con el creciente influjo de la Nueva Izquierda y de las organizaciones guerrilleras. En *La cola del diablo*, José Aricó recordó el efecto que tuvo, primero el *Cordobazo* de 1969, y luego señaló: “la fascinación creciente que el movimiento Montoneros, y en menor medida el ERP, ejerció sobre toda la izquierda en su conjunto. Fascinación de la cual, es honesto recordarlo, la gran mayoría de los que protagonizamos las rupturas de los sesenta estuvimos presos hasta el derrumbe peronista”<sup>57</sup>. Sobre este período, Oscar Terán rememoró: “la impresión que me generaba esa posibilidad de articular por primera vez realmente una vanguardia política con un movimiento de masas que el ‘montonerismo’ parecía encarnar. Visto desde la izquierda producía mucha envidia su capacidad de reclutar adhesiones populares, contrastándola con una izquierda cuyas banderas penetraban mucho más dificultosamente en

---

<sup>56</sup> Véase, por ejemplo, Claudia Gilman, *La pluma y el fusil* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003); Andrea Giunta, *Vanguardia, internacionalismo y política* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008).

<sup>57</sup> José María Aricó, *La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005), 197.

ese mismo terreno”<sup>58</sup>. Por su parte, con la sensibilidad que permite la literatura, el escritor chileno Roberto Bolaño escribió: “lucha armada que nos iba a traer una nueva vida y una nueva época, pero que para la mayoría de nosotros era como un sueño o, más apropiadamente, como la llave que nos abriría la puerta de los sueños, los únicos por los cuales merecía la pena vivir”<sup>59</sup>.

En definitiva, las desavenencias con la “vieja” izquierda se apoyaron sobre un desencuentro profundo y definitorio: un quiebre en lo que Marc Angenot ha llamado la *aceptabilidad* de un discurso.<sup>60</sup> La creencia de que el PC encarnaba al marxismo se basaba en la *aceptación* de un tipo de argumentación, contrastado con pruebas históricas (el triunfo soviético), que habían estructurado un “*programa de verdad*”<sup>61</sup>. Por largo tiempo el PC había utilizado “esquemas persuasivos” que le permitieron marcar una agenda de temas, el vocabulario con el que discutía sobre esos temas y, también, los horizontes de acción y del sentido de esa acción. Pero, en aquellos años, la estructura institucional y el *idioma* comunista fueron dejando de ser aceptables para buena parte de la nueva generación.

Las rupturas de los sesenta contuvieron un elemento diferente al de las anteriores expulsiones de disidentes. Mientras que otros expulsados, aun fuera del Partido, mantenían un respeto intelectual y discursivo por el marxismo comunista, en tanto que aceptaban la legitimidad, el “programa de verdad” o, en términos de François Furet, la “ilusión” que ofrecía el comunismo; los jóvenes universitarios de ésta década encontraron en las Ciencias Sociales un lenguaje y fuentes de autoridad intelectual alternativas para liberarse del “corsé” partidario, sin desligarse de la corriente marxista.

En las trayectorias intelectuales de muchos de los integrantes de la Nueva Izquierda el debate con el PC corrió sólo como un rumor de fondo. Excepto por un reconocimiento emotivo al padrinazgo intelectual de Agosti, el resto fue desechado. Luego de las rupturas ya no se consideró a los viejos comunistas como interlocutores válidos, ni se extrañó a la forma *partido*

---

<sup>58</sup> Oscar Terán, *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*: 19.

<sup>59</sup> Roberto Bolaño, *Estrella distante* (Barcelona: Anagrama, 2008), 13.

<sup>60</sup> Marc Angenot, *El discurso social, los límites históricos de lo pensable y lo decible* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2010).

<sup>61</sup> Marc Angenot, *El discurso social*: 16.

como modo organizacional. Quizá por eso los proyectos políticos de la Nueva Izquierda fueron, luego, más intelectual-culturales (revistas, editoriales, clubes de cultura) que político-partidarios.

La ruptura de los “muchachos” con el PCA no fue tanto un “parricidio” sino más bien un abandono silencioso pero definitivo.<sup>62</sup> Este alejamiento provocó un impacto en el PC argentino y en la trayectoria personal de Agosti. El conflicto con los jóvenes parecía demostrar que el terreno de apertura intelectual patrocinado por Agosti solo podía engendrar disidentes. Agosti, por su parte, reconfirmó su apoyo y lealtad a la dirigencia partidaria, al tiempo que se reafirmaron y consolidaron los estilos y decisiones de los “viejos” Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla (ambos nacidos en el siglo XIX).

Aun cuando el Partido continuó autopercebiéndose como una fuerza política potente, en tanto que contaba con el respaldo de la fortaleza militar soviética en la era atómica, y mantenía en funcionamiento una estructura partidaria, sindical y una militancia fiel, no logró masificar su concepción de revolución. Finalmente, a causa de un nudo complejo de factores, entre ellos la brecha generacional, prevaleció otra imagen revolucionaria más ligada al heroísmo que a la abnegación militante.

---

<sup>62</sup> La expresión “parricidio” fue popularizada por Emir Rodríguez Monegal quien, desde la revista *Marcha*, caracterizó como una “generación parricida” a los jóvenes que entonces participaban de la revista *Contorno*. En esta revista, dirigida por Ismael Viñas y de la que fueron parte David Viñas, Noé Jitrik, León Rozitchner, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde, Adolfo Pietro, entre otros, se plasmó una búsqueda de ruptura generacional que permitió diferenciarse del antiperonismo cerrado. A través de nuevos vocabularios, tópicos y modos de lecturas, entre los que se destacó el existencialismo sartreano, se dio allí una de las formas que adoptó la “nueva izquierda”. Las relaciones entre el grupo Contorno y el PCA, tal como lo ha señalado Oscar Terán, han sido tensas. En su segundo número dedicado a Roberto Arlt, se señaló que este escritor “no hubiera soportado jamás (...) el concepto colectivista que condiciona la acción y el pensamiento del PC” (Véase “Arlt y los comunistas”, en *Contorno*, n° 2, Buenos Aires, 1954, citado en Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986), 204. En el presente trabajo se diferencia el gesto polemizador “parricida” que caracterizó a este grupo intelectual de nueva izquierda de aquel otro, más silencioso y profundo, de quienes provenían de una militancia partidaria. Estos últimos se incorporaron a la nueva izquierda en gran medida por haber sido expulsados de estas organizaciones y también como un camino de búsqueda de renovación del bagaje teórico marxista y del repertorio de prácticas políticas que ofrecía la izquierda tradicional.